

sombra de la antigua Cámara alta, determinaron hacer construir un nuevo sello de la nación, con la siguiente inscripción: «Año primero de la libertad, restaurada por la gracia de Dios.»

Reunióse el tribunal extraordinario presentándose solo cincuenta y tres de los elegidos en la primera sesión, los cuales nombraron presidente á John Bradshaw. Era este un notable jurista de alguna edad, adversario decidido de la monarquía, hombre de fama intachable y cuya energía de carácter reconocía todo el mundo. Después de algunas sesiones preparatorias, se reunió el tribunal en la misma sala de Westminster donde se había verificado la vista de la causa de Strafford, estando la sala y la galería llenas de gente. La espada y el cetro estaban colocados en una mesa delante de la silla del presidente y los jueces le rodeaban, entre ellos Cromwell, Ireton, Lilburne, Pride y Marten. Fairfax fué de los que no se presentaron, y al ser leído su nombre, su esposa que estaba en la galería protestó en alta voz.

El rey había sido llevado el día antes á Londres custodiado por importantes fuerzas militares. Fué introducido en la sala por el coronel Hackel y una escolta de alabarderos, y le hicieron sentar en un banquillo de terciopelo frente á la barra del tribunal: ninguno de los jueces se quitó el sombrero, permaneciendo él también cubierto. Dirigió una larga y escrutadora mirada á aquellas severas fisonomías, en parte bien conocidas; oyó la lectura de la acusación no sin interrupciones y sonrisas irónicas, y una vez terminada, no se entretuvo en contestar, sino que preguntó en nombre de quién se le obligaba á comparecer ante el tribunal. Bradshaw contestó: «En nombre de los Comunes de Inglaterra.» Siguióse una larga discusión entre los dos, pues el rey se negaba á reconocer la competencia del tribunal y Bradshaw quería impedir que la pusiera en tela de juicio, concluyendo por hacer retirar al preso y suspendiendo la sesión. Cuando el monarca se retiró, señaló la espada y dijo: «no la temo,» y al abandonar la sala, algunas voces exclamaron: «justicia, justicia,» pero fueron ahogadas por el grito de «Dios salve al rey.»

En la inmediata sesión pública del tribunal, se renovaron las escenas de la primera vez. El rey negó la competencia del tribunal, y el presidente le prohibió que tratase esta cuestión permitiéndole solo que contestase á la acusación.

Entre el pueblo y entre los soldados iba en aumento la excitación, discutiéndose los sucesos del día en innumerables hojas sueltas. Los eclesiásticos presbiterianos protestaron enérgicamente contra lo sucedido y contra lo que se preparaba; el príncipe de Gales y la reina se habían dirigido en súplica á los Comunes, el primero por medio de una carta á Fairfax y la segunda por conducto del embajador francés. Comisarios escoceses se quejaron de las violencias cometidas contra la majestad del rey, que pertenecía asimismo á su patria, y una embajada extraordinaria de Holanda púsose en camino para ver de salvar al pariente de la casa de Orange; pero todo fué inútil. El tribunal celebró varias sesiones privadas, oyó testigos, tomó conocimiento de varios documentos auténticos y dió el fallo de que «Carlos Estuardo debía ser decapitado

por tirano, traidor, asesino y enemigo del bien público.» El día 27 de diciembre fué conducido de nuevo el rey á la sala de Westminster para oír la lectura del fallo y pidió que antes de publicarse la sentencia, se le dejara hablar á las dos Cámaras del Parlamento, pues tenía algo muy importante que comunicarles. Los jueces se retiraron para discutir la petición; pero no se pudieron decidir á conceder lo que se les pedía, y después de una larga alocución de Bradshaw y bajo un silencio absoluto de la muchedumbre, se leyó la sentencia. Todavía ocurrió una apasionada escena cuando Carlos pidió repetidas veces la palabra y Bradshaw le dijo que después de la publicación de la sentencia no podía hablar. «Si á mí no se me permite hablar, exclamó, ¿qué justicia pueden esperar los demás?» Las guardias se lo llevaron, yendo acompañado de maldiciones y gritos de compasión, salidos á la vez de las filas de los soldados y de la masa del pueblo.

Se le concedieron dos días que pasó en el palacio de San James, empleando la mayor parte del tiempo en prácticas religiosas con el obispo de Londres. El 29 de enero se permitió que los dos hijos del rey que se hallaban en Inglaterra, la princesa Isabel de trece años de edad y el pequeño duque de Gloucester, vieran á su padre para despedirse de él y al día siguiente una tropa de alabarderos le escoltó á través del parque de San James hasta Whitehall. A ambos lados había una inmensa multitud que contenida por los soldados rodeaba el cadalso completamente enlutado, que se había colocado en frente de la sala de banquetes del castillo.

Carlos fué conducido al patíbulo saliendo por una ventana del edificio que se había convertido en puerta para este objeto: ni en el camino ni en el cadalso mostró intranquilidad. Dirigió con voz segura una alocución á los que ocupaban la plaza teniendo en la mano un papel en el que había anotado los puntos importantes de su discurso. Declaró su inocencia y achacó la responsabilidad de la sangre derramada á los que le habían querido arrebatar el mando de la milicia. Parecía que la sombra de Strafford flotaba ante su vista cuando dijo: que sufría entonces por efecto de una sentencia ilegal el castigo de haber aprobado en otro tiempo otra también ilegal. Pero añadió que perdonaba á sus enemigos y que deseaba pudiesen dar paz al reino. Cediendo á las instancias del obispo Yuxon declaró repetidamente delante del pueblo que moría en las creencias de la religión anglicana tal como la había recibido de su padre. Se arrodilló delante del tajo, puso en él la cabeza y dió la señal con la mano. «Ved la cabeza de un traidor,» exclamó el enmascarado verdugo levantando la cabeza y enseñándola al pueblo. Un grito apagado cuyo rumor duró largo tiempo fué la contestación.

Posteriormente se dijo que Cromwell había querido ver el cadáver en el féretro y había dicho: «Era un cuerpo robusto que prometía largos años de vida.» El féretro fué conducido á la capilla de Windsor y enterrado al lado del de Enrique VIII. La misma sepultura encerró los restos del padre de Isabel y del nieto de María Estuardo.

LIBRO TERCERO

DESDE LA CAIDA DE LA MONARQUIA HASTA EL PRINCIPIO DEL PROTECTORADO

CAPITULO I

CONSTITUCION DE LA REPUBLICA. GUERRA CONTRA LOS IRLANDESES Y ESCOCESAS

Quando se reunió el Parlamento largo nadie pensaba en derribar la monarquía, y cuando empezó la guerra civil, todavía estaba esta idea muy lejos del pensamiento de los jefes de la oposición. Tomó forma y empezó á desarrollarse durante la lucha y tuvo en seguida ardientes defensores, poniéndose frente á frente del antiguo estado de cosas, aunque este movimiento se verificaba con mas rapidez en el campamento del ejército nuevamente creado que en el Parlamento de Westminster. Los soldados, valientes hijos del pueblo que habían derramado su sangre en varios combates y que después que la paz parecía estar asegurada se habían visto obligados á empuñar nuevamente las armas, vieron la única salvación para el porvenir en un cambio radical de la forma de gobierno. Nunca se había visto en la historia anteriormente que se hiciera tan popular la idea de la soberanía del pueblo, ni había encontrado una protección tan decidida fundada en principios religiosos. Como era natural los independientes fueron los que mas celo mostraron en su defensa. Cuanto mas convencidos estaban de que era humano el origen de la autoridad, con tanto mayor motivo le negaban el derecho de mezclarse en los asuntos religiosos de los súbditos. En Roger Williams, el fundador de Rhode-Island, que había sido el primero en llevar á la práctica el principio de la separación de la Iglesia y del Estado, se encontraba muy desarrollada la doctrina de la soberanía del pueblo; «el origen del poder civil, decía, reside en el pueblo, el cual puede darse la forma de gobierno mas adecuada á sus necesidades sociales.» Comparaba «el poder de toda verdadera autoridad» con el de una comisión del Parlamento, que recibe sus facultades de la Cámara y consideraba á las personas revestidas de autoridad como meros agentes, al mismo tiempo ojos y manos que debían trabajar para el bien común.

Como los soldados independientes participaban de tales ideas era de prever que no se contentarían con lo que habían obtenido; y si bien habían obligado al Parlamento á pronunciar la sentencia del rey, atendiendo á las necesidades del momento, no podían considerar á aquel Parlamento rabadilla como el verdadero «agente» del pueblo. El «consejo de oficiales» bajo la presidencia de Fairfax presentó una exposición en la cual, recordando y reproduciendo las anteriores, pedía la disolución del Parlamento aun antes de que este hubiese concluido la vista de la causa del rey. Indicaba además en dicha exposición los puntos esenciales de una profunda reforma que ampliando y distribuyendo por igual el derecho electoral y modificando las circunscripciones, debía dar origen á una verdadera representación del pueblo. Pero tal programa necesitaba tiempos mas tranquilos para

llevarse á cabo, pues cuando se alteraban las bases de la constitución del país, lo mas esencial era reorganizar el poder ejecutivo tan pronto como fuese posible. Así fué que los oficiales se contentaron con que se archivaran sus proposiciones después de darles un voto de gracias é hicieron todo lo posible para ayudar á consolidar el nuevo orden de cosas.

La Cámara de los Lores, aun después de los expurgos que había sufrido, no podía de ninguna manera continuar con el nuevo régimen, pues aunque la forma republicana no excluía el sistema de las dos Cámaras, como Inglaterra no constituía una confederación de Estados, era inútil tener al lado de los representantes de la nación á los representantes de los intereses provinciales ó comunales. Los revolucionarios no exaltados deseaban, pues, que se instituyera una Cámara única con plenos poderes, á excepción de algunos puntos, entre ellos los asuntos religiosos.

Algunos Lores trataron aun, después de la ejecución del rey, de prolongar la lánguida existencia de la Cámara alta y se reunieron á fin de tratar con los Comunes «de una nueva organización del gobierno,» proponiendo dar el trono al príncipe de Gales con tal que aceptara ciertos compromisos; pero los Comunes decidieron el 6 de febrero por cuarenta y un votos contra veintinueve que la «Cámara de los Pares era inútil y peligrosa y debía ser disuelta.» Al día siguiente declararon que «la práctica había demostrado que en aquel país el cargo de rey, el poder monárquico de uno solo, era innecesario, oneroso y aun peligroso para la libertad y la seguridad de los intereses del pueblo, y que por consiguiente debía suprimirse, y promulgarse una ley en este sentido.» En ella se prohibió, bajo las penas señaladas para el crimen de alta traición, que se nombrara otro rey. En todas las ruedas del Estado se substituyó el principio republicano al monárquico; el antiguo sello fué roto y el nuevo fué confiado al conocido y sabio jurista Bulstrode Whitelocke, que justificaba siempre todo lo que quería y se dejaba arrastrar por la corriente dominante. Su ejemplo influyó sobre sus colegas, por lo cual no se interrumpió de modo alguno la administración de justicia.

Algun tiempo después se hicieron desaparecer de todas partes las armas del rey, y los monumentos públicos que á él se referían, el tesoro de la corona y los castillos y demás posesiones de la familia real fueron declarados bienes de la Nación. Vendieronse gran parte de las costosas colecciones que Carlos I había reunido, y sus primos los reyes del continente aprovecharon la ocasión de adquirir objetos de gran valor por poco dinero.

Al tratarse de establecer un nuevo poder ejecutivo se presentó como el medio mas natural el de dar la autoridad suprema á una corporación nombrada por el mutilado Parlamento y provista de instrucciones. Esta corporación fué el Consejo de Estado, el mas importante de aquellos cuerpos colegiados, de aquellos temidos comités que se apoderaron

de toda la administracion al destruirse el antiguo mecanismo del Estado.

Habia un comité para el secuestro de los bienes de los «delinquentes», otro para recibir las multas impuestas á los realistas, otro para la venta de las posesiones de la Corona y los habia además para el ejército, la escuadra, la acuñacion de moneda, etc.; pero el que formaba la rueda central de la administracion, el mas alto de todos, era el Consejo de Estado cuyos protocolos, que aun existen, son el mejor testimonio de las dificultades con que tuvieron que luchar los jefes de la República y de la energía que desplegaron para destruirlas (1). Los derechos del Consejo de Estado, aunque no muy bien deslindados respecto de los del Parlamento, eran muy latos. Debía cuidar de que se conservara la tranquilidad en el interior, de las relaciones con el extranjero, de proteger los intereses del comercio, de mandar las fuerzas de mar y tierra, de la recaudacion de los impuestos, de reducir á prision á los que opusieran resistencia á sus disposiciones y de obligar á prestar declaraciones; en conjunto una suma de autorizaciones de carácter militar, diplomático, de policía y jurídico mucho mayores que las que habia tenido Carlos I y que eran concedidas á cuarenta y un hombres por el espacio de un año, despues del cual debía procederse á nuevas elecciones.

La lista de estos cuarenta y uno comprendia, además de una serie de «regicidas», como llamaban los realistas á todos los que habian tomado parte en el proceso del rey, algunos nombres que no habian figurado anteriormente. Habia allí soldados célebres como Fairfax, Cromwell, Skippon y Ludlow, hombres de Parlamento como Vane, Marten, Haselrig, notables juristas como Bradshaw, Oliver St. John, Rolle, Whitelocke, y algunos de la alta nobleza como los condes de Denbigh, Pembroke, Salisbury, los Lores Grey de Wark y de Groby que eran considerados como partidarios decididos del nuevo orden de cosas. Pero la repugnancia á dar su aprobacion á los actos de fuerza verificados durante las últimas semanas era tan grande, que buen número de los miembros nombrados se negaron á prestar el juramento exigido y que contenia la aprobacion de la ejecucion del rey, de la supresion de la monarquía y de la abolicion de la Cámara de los Lores. Hasta el mismo Henry Vane, que despues de Cromwell era la figura mas importante del nuevo gobierno, se opuso á aquellas medidas, y cuando ocurrió el espurgo de Pride se retiró á sus posesiones y no volvió á la vida pública hasta mucho despues de la ejecucion del rey. A su regreso se negó como muchos otros, á aprobar con su voto lo sucedido y tuvo que hacerse una nueva fórmula para el juramento en la cual solo se prometia fidelidad á lo existente sin referirse en nada á lo pasado.

Si tales dificultades se hallaban entre los mismos republicanos, no es de extrañar que la masa del pueblo, á la cual se habia impuesto la república por la fuerza, mirase con frialdad, si no como enemigo, al nuevo gobierno.

La comun derrota habia convertido en aliados á los presbiterianos y á los caballeros. Los que no querian separarse de su antiguo Libro de preces comunes, y creian que el Covenant era de origen divino, era natural que odiasen á los poderosos del día, que habian conducido al rey al cadalso y

(1) Estos protocolos son la base de la obra de Andrew Bisset, *History of the commonwealth of England from the death of Charles I to the expulsion of the long parliament by Cromwell*, 2 vols. 1867. Se han publicado además recientemente de un modo sistemático y detallado en el *Calendar of State Papers, domestic series 1649 seq.* (tomo primero 1875) ed. by Mary Anne Everett Green. A esta ilustrada dama se deben asimismo las *Lives of the Princesses of England* y la publicacion del *Calendar of S. P. domestic series* del tiempo de Jacobo I.

amenazaban llevar á la práctica sus teorías religiosas radicales, como habian llevado las políticas. En los condados del Oeste y del Norte, se manifestaban públicamente las simpatías por la causa realista, llegando á presentarse partidas armadas en algunos puntos y conservando en otros las imágenes y monumentos del rey, á pesar de las decisiones del Parlamento. Además cuando, en el otoño del mismo año, se trató de hacer prestar juramento de fidelidad en favor del «gobierno sin rey y sin Cámara de los Lores» al ejército, á la marina, á los jueces, á los empleados, y miembros de las Universidades y del Sinodo, miles de ellos se negaron, apoyándose en su resistencia gran parte del clero. Se publicaron hojas sueltas y poesías satíricas contra los «asesinos del rey», y entre ellos el que llamó mas la atencion fué el retrato del rey, cuyo autor se suponía ser el mismo Carlos I. Se le veía allí defender su propia causa, se leía la oracion que compuso en los días de prueba, y se creía en el grabado de la primera página que le pintaba como un mártir. De este libro se hicieron innumerables ediciones, llevando á los puntos mas lejanos la comiseracion en favor de la víctima coronada de la revolucion (2).

Sin embargo, para el nuevo gobierno eran mas temibles los ataques que se le dirigian desde el campo de los republicanos independientes, que la guerra que le hacian los presbiterianos y los realistas. No todos los independientes estaban satisfechos con lo que se habia alcanzado, queriendo algunos obtener mucho mas aun de lo que habia expuesto el consejo de oficiales en aquel programa que interinamente se habia archivado; deseaban que el Parlamento fuera permanente, que no se disolviera el consejo de Estado, que se renunciara á establecer tribunales extraordinarios, que se levantara las prohibiciones que regian respecto de la prensa, que se abolieran los diezmos y beneficios, que cada municipio se cuidara del sosten del culto y que se hicieran prontas reformas en la administracion de justicia. Para obtener lo que pedian, para derribar los nuevos tiranos, como llamaban á los miembros del consejo de Estado, emplearon el mismo medio que ya en otra ocasion les habia prestado buenos servicios; trabajaron la masa de los soldados y trataron de renovar la institucion de los «agitadores» para ejercer presion en los oficiales generales. Nadie mostró tanto celo en esto como John Lilburne, que veía en Cromwell el mas temible enemigo de las libertades inglesas y por tal lo denunció á los soldados, y que como incansable escritor, publicó varios folletos en los cuales atacaba duramente al gobierno, siendo el principal de ellos uno que tenia por titulo: «Las nuevas cadenas de Inglaterra.»

John Lilburne y algunos de sus amigos que trabajaban en el mismo sentido, fueron reducidos á prision; pero aun en las cárceles Lilburne encontró medio de utilizar su pluma incitando á los soldados á la rebelion. Los regimientos que debían ir á Irlanda opusieron resistencia, como en 1647, pidiendo que se les pagase y se asegurasen las libertades inglesas. Este espíritu de insubordinacion no existia solo en la guarnicion de la capital, sino que se extendió á distintas guarniciones del país. Los oficiales antipáticos á las tropas fueron despedidos, y se publicaron manifiestos en que se amenazaba con la venganza del cielo á los tiranos que tocaban un solo cabello de la cabeza de Lilburne.

(2) Lo mas probable es que el libro *Eikon Basilike* fuera obra del obispo Gauden, aunque es muy posible que aprovechase para ello materiales reunidos por el rey.

Se ha tratado varias veces de probar que Carlos era el autor del libro, habiendo defendido principalmente esta idea C. Wordsworth. Recientemente lo ha intentado de nuevo F. J. L. Scott, el cual ha reimpresso la primera edicion. Londres 1880, casa editorial de Elliot Stock.

Anteriormente se habia dado el nombre de *niveladores* á los partidarios de Lilburne, pero despues apareció un partido con tendencias mas avanzadas que las de Lilburne, al cual se aplicó con mas propiedad este calificativo. En el condado de Surrey se presentaron algunos hombres con palas y azadones, y se pusieron á trabajar en los bienes comunales é invitaron á los agricultores vecinos á hacer lo mismo. Sus jefes Winstanley y Everard, antiguo soldado que se hacia pasar por profeta, declararon que sus partidarios se contarian pronto por millares, y decían que el pueblo de Dios habia sufrido desde Guillermo el Conquistador una esclavitud peor que la egipcia, pero que habia llegado la época de la redencion. Aseguraban que sus pasos iban dirigidos á restablecer la co-



Retrato de John Milton á la edad de 62 años (grabado de Guillermo Faithane, según un dibujo original)

munidad de bienes para la cual Dios habia destinado al hombre; que repartirian los frutos de la tierra á los pobres, darian de comer al hambriento y vestirían al desnudo. Cada propietario debía ceder sus bienes á la comunidad; se habitaria en tiendas comunes y se haria inútil el dinero, pues se podria comer, beber y vestir sin necesidad de comprar nada. Para ellos la propiedad era el origen de todo pecado y estaban poseidos de ideas comunistas, apoyadas en el derecho antiguo mal comprendido y en el entusiasmo religioso, ideas análogas á las que se habian presentado en Inglaterra en el siglo xiv y en Alemania en el xvi, y amenazaban trastornar los fundamentos de la sociedad.

El nuevo gobierno creyó que únicamente podria conjurar tantos peligros esparciendo el terror y obrando con gran energía. Para enseñar á los presbiterianos y realistas el fin que esperaba á los rebeldes, estableció un tribunal extraordinario ante el cual hizo comparecer á algunos de los principales prisioneros que en la segunda guerra civil habian caído en poder de sus enemigos, y fueron condenados á muerte tres de ellos: Lord Capel, que habia acompañado al rey desde que este rompió con el Parlamento; el duque de Hamilton, antiguo amigo y consejero de Carlos, y el conde de Holland que estuvo por un momento con los puritanos cuando perdió el favor de la corte. Otros de los que habian tomado parte en la guerra, fueron desterrados ó reducidos á prision; se publicó una ley de imprenta mucho mas rigurosa y se ejerció gran vigilancia respecto de los predicadores opuestos al gobierno. Nunca tuvo tanto que hacer la policía secreta ni se respetó menos el secreto de la correspondencia, y teniendo nuevos complots realistas se publicó una ley muy severa

sobre los crímenes de alta traicion. Pero á pesar de todo el gobierno no recobró la tranquilidad ni aun cuando desaparecieron los amenazadores sintomas de una rebelion.

Con mayor energía se procedió contra los descontentos del ejército; y mientras el Parlamento se ocupaba en poner las pagas al corriente y en proteger á los inválidos, Cromwell y Fairfax se encargaron de restablecer la disciplina y castigar á los alborotadores. Quince agitadores pertenecientes al regimiento de caballería de Whalley fueron sometidos al consejo de guerra, siendo condenados á muerte cinco de ellos, de los cuales cuatro fueron perdonados, pero el quinto, soldado valiente aunque exaltado sectario, fué fusilado en el cementerio de San Pablo. En el condado de Oxford los soldados sublevados hicieron resistencia por medio de las armas, pero fueron vencidos con facilidad y tuvieron que ver morir ante sus ojos á sus instigadores. Un capitán llamado Thompson pudo reunir algunos de los dispersos, pero perseguido dentro de un bosque, despues de una lucha desesperada fué muerto. Los sublevados de Surrey fueron dispersados por un par de escuadrones, y sus jefes, conducidos ante Fairfax, se negaron á quitarse el sombrero ante el general por ser este solo su «prójimo»; pero debieron renunciar á «salir de la esclavitud de Egipto», por medio del reparto de tierras comunales.

El peligro mayor habia pasado y pudo empezarse á respirar. La City, que hasta entonces habia sido el cuartel general de los enemigos del nuevo gobierno, dió un brillante banquete á los Comunes y el Lord corregidor entregó un rico presente á Fairfax y Cromwell. Así fué que el gobierno conociendo su fuerza se puso á trabajar con mas actividad. El Consejo de Estado instalado en el palacio de Whitehall, trabajaba de un modo infatigable y trataba de hacerse suyos á los hombres de talento dándoles cargos adecuados á su aptitud. Roberto Blake fué nombrado almirante y John Milton tuvo el cargo de secretario de lenguas extranjeras, ocupándose en traducir los despachos en latin procedentes de las Cortes extranjeras, al mismo tiempo que trataba de contestar al «retrato real» con uno de sus escritos.

Una vez completamente restablecida la paz en el interior, el gobierno republicano dirigió sus miradas á la verde isla del otro lado del canal de San Jorge que estaba á punto de salir del poder del dominio inglés si no se obraba con rapidez y energía. Desde la rebelion de 1641 no habia cesado la lucha en aquel desgraciado país (1), pero la puritana Inglaterra no habia encontrado ocasion de hacer pagar al fanatismo celto-católico las culpas cometidas; así es que los insulares, viendo alejada indefinidamente la hora de la venganza, se habian entretenido en pelear los unos con los otros.

La mayoría de los irlandeses supeditada completamente al nuncio del Papa, Rinuccini, y dirigida por un clero apasionado pretendia separarse completamente de Inglaterra y dar el mando de la isla á un príncipe extranjero católico; en cambio la minoría, y los católicos ingleses residentes en la isla, estaban prontos á contentarse con ciertas concesiones hechas en favor de su religion. El conde de Ormond, gobernador general nombrado por el rey, habia tratado de entrar en negociaciones con estos últimos para concluir un tratado de paz, pero el partido fanático rechazó sus proposiciones y continuó la guerra; así fué que el conde se decidió á po-

(1) Una de las obras mas importantes para la Historia de Irlanda en tiempos de la guerra civil es la «Nunziatura in Irlanda di Monsignore G. Battista Rinuccini, 1844, traducida al inglés en 1873. Sobre este libro se ha publicado un notable artículo en *The Edinburgh Review* número 310 (abril 1880), pág. 437-73. Las consecuencias de la conquista de Irlanda por Cromwell las describe T. P. Prendergast en *The Cromwellian settlement of Ireland 1865*.

ner en manos de las tropas parlamentarias las pocas plazas fuertes que se hallaban aun en su posesion antes que entregarlas á los sanguinarios cabecillas celtas. Al empezar la segunda guerra civil, desembarcó otra vez en la isla para luchar en favor del rey; al poco tiempo retiróse el nuncio y Ormond quedó solo como defensor de la causa realista, reuniendo bajo sus banderas á los católicos y á los protestantes. A la muerte del rey proclamó al príncipe de Gales como sucesor, suplicándole que fuera á ponerse bajo la proteccion de sus súbditos irlandeses y exigiendo de Miguel Jones, comandante republicano de Dublin, que le abriese las puertas de la ciudad y reconociese á Carlos II. Los principales jefes de los insurrectos como O'Neal, Inchiquin y Clanrickard, se habian puesto bajo sus órdenes; los pastores presbiterianos de los colonos escoceses le prestaban su apoyo; el príncipe Ruperto cruzaba las costas con una pequeña escuadra, y todos trataban de apoderarse de Dublin antes de que el gobierno de Inglaterra hubiese encontrado ocasion de desembarcar tropas frescas.



Sellos de uso particular de Oliverio Cromwell (tamaño natural)

Miguel Jones, el cual lo aprovechó para librar una batalla á Ormond antes de la llegada del teniente general, y alcanzar sobre él una brillante victoria. Cromwell desembarcó el 15 de agosto, siendo recibido en Dublin con gritos de alegría; el pueblo invadió las calles para verle y vitorearle como salvador, como vengador contra el fanatismo celtopapista. Este fué el papel que se propuso representar, y así se comprende la bárbara crueldad que desplegó en la guerra. Dió primera prueba de ella, al apoderarse de Drogheda el día 10 de setiembre. En dicha plaza tenia Ormond una guarnicion de unos dos mil hombres que se negaron á capitular, defendiéndose con gran valor, pero habiendo perdido las fortificaciones exteriores, se vieron obligados á refugiarse en el interior de la ciudad, en cuyas calles tuvo efecto una sangrienta pelea. Cromwell prohibió que se diera cuartel á los que fuesen encontrados con las armas en la mano, é hizo pegar fuego á una iglesia en la que se habian refugiado gran número de los vencidos. «Creo, escribia al presidente de la Cámara de los Comunes, que esta noche hemos pasado á cuchillo á unos dos mil hombres... segun mi modo de ver, este es el juicio de Dios que ha recaido sobre estos bandidos que han derramado tanta sangre, y al mismo tiempo evitará que se derrame mas en lo porvenir. Esta creencia es la única que puede disculpar tales acciones, que de otra manera causarían remordimientos de conciencia.» A los pocos que escaparon con vida los mandó á las Barbadas.

Los sucesos de Drogheda causaron profunda impresion en Irlanda, aunque no dieron todos los resultados que esperaba Cromwell, pues si bien las guarniciones de Trim, Dundalk, Arklow y algunas otras, se entregaron, en cambio en Wexford fué tan violenta la lucha, que para apoderarse de ella tuvo que luchar por largo tiempo en el interior de la ciudad, sobre todo en la plaza del mercado. Allí se repitieron el 11 de octubre las escenas de Drogheda, participando los ciudadanos pacíficos de la suerte de los soldados,

Resistióse sin embargo Miguel Jones, mientras en Inglaterra se hacian preparativos para establecer la autoridad de la república en Irlanda.

En el mes de marzo fué nombrado Cromwell jefe del cuerpo expedicionario; á su mando militar se le agregó la autoridad de gobernador general de Irlanda, y él aceptó el nombramiento con la condicion de que se le darian grandes elementos para la lucha. El Parlamento dispuso que le acompañaran doce mil hombres de tropas veteranas, y votó la cantidad de 120,000 libras mensuales para los gastos de la guerra, haciendo un empréstito con los banqueros de la City para cubrir los primeros gastos.

Las revueltas de Inglaterra tuvieron entretenido á Cromwell hasta el verano. No salió de la capital hasta el día 10 de junio, en que lo efectuó con toda pompa, en un carruaje tirado por seis caballos, rodeado de sus guardias de corps, y saludado por las trompetas. Permaneció algun tiempo en Bristol y otras plazas de la costa del Oeste, terminando sus preparativos, y envió un refuerzo de dos regimientos á

sucumbiendo muchos á manos del enemigo, y huyendo otros, mientras sus bienes eran entregados al pillaje. Tambien en este caso vió Cromwell un castigo del cielo, pues le habian contado que los habitantes habian encerrado á dos docenas de protestantes en un barco viejo, y como este se fué á pique, perecieron entre las olas; á otros les habian metido en una iglesia y hecho morir de hambre. Pasó despues Cromwell á sitiar á Waterford, pero el riguroso invierno le obligó á levantar el sitio.

Entre tanto, el coronel Venables se apoderó de gran número de plazas importantes, especialmente Belfast en la costa de la provincia Ulster, y lo mismo hizo en la provincia de Munster Lord Broghill, de origen anglo-irlandés, que abandonó la causa del rey y obligó á abrir sus puertas á Cork, Kinsale y otras ciudades.

En poco tiempo se habian logrado grandes ventajas, facilitando la tarea de los vencedores las disensiones que existian en el campamento de sus adversarios; pero aun tenian que luchar con un enemigo terrible. Kilkenny continuaba siendo la base de la liga católica. Las fuerzas del célebre cabecilla O'Neile, que solo habian suspendido momentáneamente las hostilidades por un convenio que el Parlamento no quiso reconocer, tomaron de nuevo las armas. Ormond, el campeon protestante de la monarquía, veía disminuir de día en día su autoridad, pero en cambio el clero católico excitaba al pueblo á una tenaz resistencia, y publicaba, desde la abadía de Clonmacnoise, un amenazador manifiesto contra el hereje que queria destruir la religion católica, y matar ó desterrar á las colonias á todos los irlandeses.

Al empezarse de nuevo la campaña á principios de 1650, encontró Cromwell al enemigo bastante bien dispuesto, mas á pesar de ello, consiguió la conquista de varias plazas, de las cuales fué la principal la de Kilkenny. El hijo de O'Neile se resistió con gran tenacidad en Clonmel, de modo que para apoderarse de esta plaza, Cromwell tuvo que hacer proposiciones muy honorables á los defensores. Por fin tuvo que abando-

nar la isla llamado por el gobierno, pero la obra que él habia empezado con tanto éxito, la continuaron primeramente Ireton, y á la muerte de éste, acaecida en noviembre de 1651 á consecuencia de una fiebre maligna, Edmundo Ludlow y Carlos Fleetwood. Este último que se casó con la viuda de Ireton, hija de Cromwell, era hombre á propósito para concluir la obra de su suegro. Lucharon con energía los guerreros celtas y los soldados ingleses en las batallas de Kerry y en los pantanos de Connaught, pero por fin pudo ahogarse en sangre la resistencia de los indigenas. Unos perecieron, otros fueron enviados como esclavos á las Indias orientales, ó bien entraron al servicio de las potencias católicas, y el resto vióse obligado á someterse á las duras condiciones de los vencedores. Se les prohibió el ejercicio de su culto, pues los independientes no toleraban á los pastores que celebraran misa, y se les arrebataron los bienes. Aunque los pequeños agricultores y los obreros, pudieron continuar ejerciendo tranquilamente su oficio, en cambio se confiscaron total ó parcialmente, los bienes de los que habian tomado parte en los sucesos de 1641 al lado de los cabecillas, ó de los propietarios agricolas católicos que habian tomado las armas contra el Parlamento, aunque sus propiedades hubiesen pasado ya á sus herederos por muerte del que se sublevó. A algunos de ellos se les dieron en compensacion terrenos en la montañosa y estéril provincia de Connaught, mientras que los bienes confiscados eran entregados á otros dueños, á los veteranos del ejército de Cromwell, y á colonos procedentes de Escocia y de Inglaterra, miles de hombres que armados con la espada y el azadon, ocuparon tres de las provincias de la isla, y vigilaban la cuarta en donde habian tenido que refugiarse los naturales del país.

Los nuevos señores se mostraron muy duros, pero debe reconocerse que introdujeron el orden y la laboriosidad, implantando además las instituciones de la justicia y de la administracion tales como estaban en su patria, y desterrando la barbarie de vastas regiones. Hasta el mismo historiador realista, Clarendon, reconoce que el rigor de Cromwell fué escudo de salvacion para los irlandeses: «En menos de dos años, dice, se tranquilizó el país de tal modo, que se levantaron nuevos edificios y se hicieron grandes plantaciones, el comercio tomó gran incremento y se desarrollaron los negocios como si el país gozara de una paz duradera (1).»

Durante la ausencia de Cromwell el gobierno inglés habia continuado luchando valerosamente por dar solidez á su situacion. Estaba aun en pugna con los radicales de la clase de Lilburne que excitaban á los soldados para que se sublevaran y se dirigian á los aprendices de la City para que les ayudaran á combatir la tiranía del Consejo de Estado. Hasta algunos miembros del partido de los caballeros empezaban á fundar sus esperanzas en la accion perturbadora de los folletos de Lilburne, el cual alcanzó un gran triunfo cuando los jurados le declararon absuelto; pero aunque su papel no habia concluido, no tenia ya su antigua influencia. Recordábase aun el modo como se habia dominado la última rebelion y los niveladores no se hallaban en estado de emprender nada sério contra el poder del Estado.

En cambio presentóse otro peligro para el gobierno por la parte de Escocia. El heredero del difunto rey, el ligero y superficial príncipe Carlos, que habia encontrado refugio en El Haya, gracias á la buena voluntad del príncipe de Orange y de los Estados generales, habia sido proclamado rey por sus partidarios de Escocia é Irlanda, ya que los pres-

(1) Es indudable que se asegura la paz, y á veces hasta la prosperidad futura de un país, despojándole de enemigos, y repoblándole con amigos; pero la moral condena este modo de pacificar, citado por Maquiavelo con el ejemplo de Nabucodonosor en Judea. (N. del T.)

biterianos ingleses se negaban lo mismo que los católicos irlandeses á reconocer el gobierno republicano de «los asesinos del rey» y de «los sectarios.» Los escoceses habian ofrecido al joven pretendiente un asilo en su país, pero le exigian en cambio que se entregara completamente en brazos del partido de Argyle, que á la sazón dominaba en Escocia. Debía además aceptar el Covenant, prometer que introduciría el presbiterianismo en sus demás reinos, y ante todo separarse del «sangriento asesino» Montrose y demás realistas escoceses que se habian refugiado en el continente. Su madre, la reina Enriqueta María, que se habia retirado á St. Germain, varios celosos caballeros y algunos miembros de la faccion Hamilton le aconsejaban, contra el parecer de Eduardo Hyde, que probara fortuna en Escocia, fueran los que fueran los partidarios del Covenant; Montrose, en cambio, trataba de convencerle de que sin el auxilio de los presbiterianos y sin violencia alguna podría alcanzar el trono. Por fin triunfaron las halagadoras promesas de Montrose, á quien Carlos II, nombre que llevaba el primogénito del último rey inglés, dió el nombramiento de capitán general y gobernador de Escocia y permitió que buscara apoyo en Alemania, Polonia, Dinamarca y Suecia, esperando que un desembarco en Escocia seria de gran provecho para él.

Entre tanto continuó sus negociaciones con los presbiterianos, y fiel sucesor de su padre, al mismo tiempo que en marzo de 1650 ajustaba con ellos el tratado de Breda, en el cual concedía todo lo que se le pedia, escribia secretamente á Montrose á quien tanto odiaban, que no dispersara sus tropas. Antes de que su misiva hubiera llegado á manos de Montrose fué este derrotado completamente por los presbiterianos, y sus tropas destrozadas. Montrose, herido y disfrazado de highlander, vagó errante hasta que fué conocido y entregado á sus enemigos, que fueron implacables con él. Conducido en una carreta fué llevado á Edimburgo, donde el marqués de Argyle pudo contemplar desde una ventana la humillacion de su antiguo rival. Los Estados le condenaron á muerte, y fué llevado al cadalso el 21 de mayo de 1650. Así pereció aquel valiente y generoso caballero á cuyo alrededor habia creado una aureola de gloria la poesia romántica de aquel tiempo.

Naturalmente este suceso no favoreció en nada las negociaciones de Carlos II, pues si bien éste pretendió que despues de la conclusion del tratado de Breda habia dado orden á Montrose para que suspendiera las hostilidades, los presbiterianos sabian de sobra que entre los mandatos públicos y las órdenes privadas de los Estuardos existia á menudo una gran distancia; por lo que, á pesar de que Carlos II firmó el Covenant antes de desembarcar, le recibieron con mucha desconfianza, creciendo su descontento al ver que en su acompañamiento iban muchos hombres que hubieran deseado separar de él á cualquier precio. Así fué que los Estados y el clero le exigieron que diese pruebas más claras de su ortodoxia, y despues de muchas vacilaciones suscribió una declaracion en la que hacia constar que sentia profundo pesar de que su padre hubiese contrariado la obra de Dios en ambos reinos y de que su madre continuara en la idolatría. Expurgóse el ejército de los escoceses bajo el mando de David Leslie, de todos los elementos hostiles á los presbiterianos, y estos, fortalecidos con preces públicas y puestos bajo la proteccion de fieles servidores de la iglesia, se prepararon á combatir á los herejes soldados de la república inglesa.

Los ingleses, á las órdenes de Cromwell, atravesaron la frontera escocesa á fines de julio; pues en seguida que el gobierno inglés se convenció de que debia hacer la guerra con Escocia llamó á su mejor general, que fué recibido en Londres como un triunfador, se le dió por residencia el palacio